

Octubre 29 /2004

ALGO DE INEFICIENCIA SIEMPRE ES BUENO

Por Agustín Saavedra Weise

Ya en la última década del siglo pasado –y con tendencia a seguir vigente en este tercer milenio, que ahora transitamos en su primer lustro– se hizo énfasis en la eficiencia, en hacer bien las cosas con el uso perfecto de la dotación de factores al alcance. La eficiencia es óptima cuando se "maximiza" lo disponible y se logra lo "perfecto", ya sea en la producción de una silla o en la vida misma de las personas.

Esto de la eficiencia ha calado hondo y generó efectos positivos, pues la gente se dio cuenta que era posible –sobre la base de lo disponible– ser más eficiente, tanto en la vida personal como en las relaciones de producción. Esta búsqueda de la excelencia ha llevado, empero, a niveles a veces exagerados y que lindan con la frontera entre lo efectivo y lo que no lo es.

Es por eso que un norteamericano de origen rumano, Edward Luttwak, propuso que un poco de ineficiencia a veces genera mejores resultados, aunque ello parezca contradictorio. Luttwak opina que el "turbo capitalismo" actual puede llevarnos a extremos y que lo eficiente no siempre es lo que provee mejores productos finales. Ilustra su prédica con un claro ejemplo: "sería una política tonta hacer que un ejército tenga toda su producción de municiones en una sola gran fábrica, como también lo es el atacar siempre por la ruta más corta". Obviamente, si hay "eficiencia", el enemigo podría volar de un solo bombardeo la única fábrica de munición y dejar al ejército indefenso. De la misma manera, la ruta más corta –aunque teóricamente la más eficiente– puede ser una que conduzca a ese ejército hacia un desastre mayúsculo.

En la vida real encontramos situaciones en las que la medida racional y fría de la eficiencia debe ser sopesada con otros factores que hacen a la propia existencia. Casarse puede significar pérdidas individuales de productividad para ambos cónyuges. Tener hijos incrementa la ineficiencia y genera obligaciones de largo plazo que pueden no ser "maximizadoras" de eficiencia. Sin embargo, el matrimonio es uno de los pilares de la sociedad organizada; el tener hijos provee al ser humano de un sentido de trascendencia y alimenta –además– el porvenir de esa misma sociedad, ya que si no hubieran

descendientes, tarde o temprano la sociedad desaparecería. Lo ineficiente en el corto plazo, termina siendo eficiente en el largo plazo.

Por tanto, las llamadas "disciplinas de mercado" no pueden automáticamente transferirse de un sector al otro. Una medida de eficiencia se tiene en el mercado de valores, otra criando hijos, otra cuidando un zoológico y así sucesivamente.

Al final, la eficiencia pura hay que tomarla con pinzas. Hacer de ella un credo inflexible puede ser fuente de muchos problemas. En este mundo moderno regido por cánones globalizadores (que parecen ser los "paradigmas" de la actualidad), conviene recordar que algo de ineficiencia es bueno; al final, es lo que nos hace humanos y nos da un sentido de trascendencia.

Hay que hacer las cosas bien pero sabiendo usar las herramientas adecuadas para cada caso, en lugar de trasladar experiencias y métodos en forma robotizada, creando así potenciales inconvenientes. La medida de lo eficiente y de lo ineficiente se obtiene mediante fórmulas de productividad, con computadoras y hasta en el interior de nuestro ser. Ese sentido interno deberían tenerla también las grandes empresas y, sobre todo, los políticos manipuladores de nuevo cuño que pretenden –con su demagógico y falaz "modernismo"– convertirnos en "eficientes", aunque ello signifique caer todos por el precipicio como lo hacen los pequeños roedores "lemmings" en sus locas migraciones.

-----000-----